



**R..L.. Salvador Allende Nº 191
Cámara de Aprendices**



Cambiando lo que debe ser cambiado

Benedicto González Vargas

Valle de Santiago, junio 5 de 2007

A.L.G.D.G.A.D.U.

“Conviene tener en cuenta que la acción bienhechora que realiza la Orden Masónica en la sociedad profana no se expresa en una acción directa, sino a través de los elementos humanos que ella misma ha elegido y educado. Por eso finca su interés en el individuo y sólo a través de él pretende mejorar y perfeccionar la sociedad humana”

V..H.. Óscar Pereira Henríquez

I Introducción:

Una de las grandes fortalezas de nuestra Orden es su extraordinaria función docente, verdadera alma y motor del trabajo que se desarrolla en nuestros talleres, en nuestros templos, en nuestras cámaras y en cada una de las actividades vinculadas a nuestro hacer.

“La Orden elige hombres, los educa, los organiza y disciplina; esto es, corrige en ellos cuanto es posible, los defectos de herencia; les enseña a elegir los elementos útiles del ambiente en que se desenvuelven; y les indica el rumbo de las evoluciones que han de llevarlos a su destino. Purifica al hombre, se purifica a sí misma, por el propio esfuerzo, sin intervenciones extrahumanas, purifica por medio del estudio de la ciencia, por el ejercicio de la justicia y por la actividad del trabajo”.

Así dice el Ritual de Iniciación del Primer Grado y es de esa manera que el cambio se articula no sólo a nivel de conocimiento intelectual entre los iniciados, sino que, fundamentalmente, se anida en su espíritu y desde allí se proyecta a su entorno y a la sociedad.

Pero, ¿qué es lo que debe ser cambiado? Todo aquello que en el mundo profano implica tanto dolor, injusticia, miseria y lágrimas. Esas tendencias negativas, casi depredadoras que hacen a algunos trepar por la escala social por sobre las espaldas de sus prójimos. Todas aquellas necesidades ficticias que el mundo moderno hace aparentar como necesarias y por las cuales, sin embargo, como lo hicieron con el viejo José, podríamos vender incluso a nuestro propio hermano. Ese hombre masa, del cual se hablaba en una plancha anterior, incapaz de vincularse a los demás por intermedio del amor, que se vuelve narcisista y hedonista, incapaz de trascender mediante la creación, que prefiere destruir para ser recordado, que es incapaz de alcanzar seguridad a través de la fraternidad, cuya escasa individuación le alcanza apenas para conformarse con el eslogan, cuya estructura racional se ha vuelto tan limitada que no le sirve de guía en su oscuridad porque las sombras de los dogmas fáciles y las respuestas prefabricadas, le hacen sentirse tranquilo con una vida a medias, hipotecada en la promesa de una felicidad eterna a la que, sin embargo, no aporta su trabajo conciente, su amor creciente ni su fraternidad tolerante. Es más, no pasa de ser

un premio inmerecido por el que otros sufrieron o por el que otros oran; porque él mismo no se detiene en la meditación ni en el mejoramiento de sus cualidades.

Nuestra Orden nos dice, desde la imperturbable sapiencia de los siglos que acumula su milenario saber, que el estudio, el conocimiento y la práctica conciente de las virtudes, como un faro en la oscuridad, mostrará las imperfecciones de las rocas para que ellas inicien el cambio hacia su nueva identidad.

II Desarrollo:

Durante este ciclo nuestra Cámara ha analizado importantes temas que enlazan lo más antiguo de nuestras tradiciones y enseñanzas —como lo fueron los notables trabajos relativos al mandato délfico y sus implicancias para el Aprendiz, o esa tremenda lección de desapego y caridad que es el Tronco de Pobres hacia el final de nuestras tenidas— y se ha proyectado con las más modernas preocupaciones que debieran motivar nuestras reflexiones, como la postura ética, valórica, crítica y práctica referida a nuestra interacción con la Tecnología. Todo ello, en el entendido de que nuestra Orden busca perfeccionarnos no solo con una potente herramienta de análisis y aprendizaje como lo es el lenguaje simbólico (que, por cierto, siempre es parte de nuestras reflexiones), sino también cómo esas reflexiones se irradian hacia nuestro mundo cotidiano, hacia nuestro hacer en medio de los profanos, hacia nuestra sutil misión de ir sembrando de ejemplos nuestros entornos que sirvan de semillas que afloren algún día en la sociedad.

En esta ocasión, por lo tanto, no es posible dejar de lado la importancia que tiene para cada uno de nosotros llegar a adquirir de manera profunda y real, la comprensión mayor que nos sea posible en esta hora y edad, respecto del lenguaje del simbolismo constructor. En efecto, la importancia radical de la adquisición de este lenguaje, radica no tanto en la necesidad de comunicarse apropiadamente al interior de la Orden, sino que fundamentalmente porque es un vehículo de transmisión de conocimientos y verdades que, pese a ser dadas a todos los hombres, permanecen ocultas al profano debido a las imperfecciones de su hacer, a la ceguera de sus sentidos interiores y al escaso interés por desplegar las alas. Permítaseme aquí, a modo literario si se quiere, decir que el ser humano posee potentes alas para elevarse por sobre las confusiones mundanas y para ello solo requiere ser guiado en ese empeño. Quienes viven sumidos en el smog de la urbe, sin vislumbrar siquiera el sol verdadero, apenas ven unos muñones marcados en su espalda que suelen atribuir a su cuerpo físico sin sospechar siquiera que su ignorancia les cercenó las alas de su real ser.

Hace muchos años, el Arte alquímico se ocupó también de esto mismo, la transmutación de los metales no era otra cosa que la simbología necesaria que consideraba a éstos como los símbolos de los cambios psicológicos que en los primeros tiempos operan en todo aprendiz, el cual estudiando con concentración y paciencia los textos necesarios y viviéndolos en su athanor interno, irá observando las transformaciones que producen una nueva visión. De esta manera advertirá cosas que antes se le escapaban, detalles en los que no reparaba y que ahora se le van presentando cargados de significación. El fascinante proceso de las transmutaciones metálicas genera en los aprendices reverente discreción. Por

eso la ciencia alquímica, arte real surgido en el contacto con los artículos de laboratorio (hermano fraternal y espejo verdadero del Arte Real surgido en las canteras), es el espejo en que ha de mirarse el aprendiz para comprender la estructura del cosmos y, aplicando la Ley de Correspondencia, su propia constitución humana.

Por eso en nuestra Orden hablamos de estas cosas, porque la estulticia y la ignorancia humana las han dejado como recuerdo añejo, como leyenda romántica o como infantil explicación del universo, pero que vela tras sus símbolos la única enseñanza que vale la pena aprender en nuestro paso por el mundo.

No basta, sin embargo, no puede bastar a nuestra Orden el solo ejercicio del verbo mágico. La sola palabra-cause plena de efectos que se materializan al solo pronunciarla si a ello no se une una conciencia despierta y un trabajo personal verdadero, conciente, sacrificado y rítmico, esto último en el sentido de permanente, sistemático, cotidiano y acompasado, como ya lo dijera el gran Hermes al referirse a los esfuerzos sostenidos que ha de tener y mantener el iniciado.

Para mejorar nuestro entorno y ensanchar los dominios de lo bueno, lo bello y lo verdadero, no basta, por lo tanto, con el mero deseo. Observar la maldad en el mundo y querer que ella cambie, no se consigue solo con un deseo ferviente, por más puro y altruista que sea: debemos ser capaces de cambiar primero nosotros mismos y luego proyectar esos cambios con la fuerza y el vigor inmenso y mancomunado de las doradas cadenas que surcan el mundo desde los más alto de los muros de nuestros templos y de la nueva conciencia, recta, educada y juiciosa, de los eslabones humanos purificados por la Orden.

III Conclusiones:

Necesario, entonces, es reconocer, que hemos sido elegidos como piedras posibles de ser honradas al ser utilizadas en la construcción de algún templo. De nosotros depende quedarnos en la mera posibilidad o prestar el espacio vital que ocupamos en el cosmos para tan noble labor. Qué duda cabe, que no todas las piedras se alzarán hasta rozar el cielo con la cúpula, para que ello ocurra es necesario que otras hundan sus apariencias externas bajo la superficie de la tierra para ayudar a sostener el edificio. Cada uno a su tarea, que ésa es su obra y su aprendizaje. Lo que no podemos permitirnos es quedarnos a la vera del camino, como piedra desechada en la cantera, porque ello implicaría no sólo un miserable desproche de nuestras facultades, sino, sobre todo, volver la espalda a los planos regios que contaban con nosotros para alzar el templo.

Una traición al propio espíritu y un autocercenarse las alas etéricas.

Habrà, por lo tanto menester de cambiar lo que haya de ser cambiado en nosotros, no por un acto de sometimiento a un superior del que somos subordinados, sino por el acto de amor guiado por un hermano con quien nos coordinamos, un hermano cuya labor en la Obra es, precisamente, conseguir que las piedras que sean usadas, se unan firmemente a las otras sin dejar espacio para aquello que sea innecesario.

Nuestra Orden elige hombres y los proyecta hacia la potenciación de sus virtudes, ese es el regalo preciado que ofrece, pero con el compromiso cierto, desde el primer día de la Iniciación, de compartir la ofrenda por medio del ejemplo que debemos dar en nuestros entornos profanos, como una manera de honrar la obra que se ha hecho y hacemos con nosotros.

Como lo dijo el Q..H.. Aldo Lavagnini, el “hombre es, como manifestación concreta, lo que él mismo se ha hecho y se hace constantemente, con sus pensamientos conscientes y subconscientes, su manera de ser y su actividad. Y su primer deber consigo mismo es hacerse y llegar a ser una siempre más perfecta expresión del principio de Vida que en él busca y encuentra una especial, diferente y necesaria manifestación, deduciendo o sacando a la luz del día las posibilidades latentes del Espíritu, aquella Perfección que existe inmanente, pero se manifiesta en el tiempo y en el espacio, en la medida del íntimo reconocimiento individual (...) de este reconocimiento brota como consecuencia necesaria cuál ha de ser su deber o relación hacia la humanidad, que no puede ser otra cosa que la fraternidad”.

Por eso en esta noche de fiesta en que nuestra Cámara de Aprendices ha debido asumir los roles reservados a quienes nos anteceden en el Sendero y de quienes tomamos enseñanza y ejemplo, permítasenos decir que nuestro anhelo es cumplir cabalmente nuestros compromisos con la Orden y, por ende, con la humanidad pero, para hacerlo, creemos que el tema de cambiar lo que debe ser cambiado, no solo sea una plancha más en nuestra Cámara, sino una realidad concreta, visible y tangible en cada uno de los grados y en cada uno de los hermanos de nuestra Respetable Logia.

S..F..U..

IV Bibliografía consultada:

ATENAS, Mauricio: La correcta posición de las herramientas del grado: Mazo y cincel, Plancha de la Cámara de Aprendices R..L.. Salvador Allende N° 191, 24 de abril de 2007.

GONZÁLEZ, Federico: Introducción a la Ciencia Sagrada, Programa Agatha, 2002.

GRAN LOGIA DE CHILE: Cuadernos Docentes N° 8, Ediciones de la Gran Logia de Chile, Santiago de Chile, 1995.

LAVAGNINI, Aldo: Manual del Aprendiz, Edición digital.

PEREIRA HENRÍQUEZ, Óscar: Docencia Masónica, Ediciones de la Gran Logia de Chile, 1987.

VEIZAGA SOTO, Álvaro: Nuestra Orden elige hombres, Plancha de la Cámara de Aprendices, R..L.. Salvador Allende N° 191, 15 de mayo de 1997.

VILLAVICENCIO CRISTI, Luis: Las nuevas tecnologías y su impacto en la sociedad chilena de hoy y de mañana, Plancha de la Cámara de Aprendices de la R.. L.. Salvador Allende N° 191, 8 de mayo de 2007.

VILLAVICENCIO CRISTI, Luis: El Tronco de Pobres, Plancha de la Cámara de Aprendices de la R..L.. Salvador Allende N° 191, 17 de julio de 2007.